

soportar los frecuentes altibajos en el nuevo medio. Al igual que el ingeniero, intentaron convertirse en exhibidores fijos, pero tuvieron que recorrer con frecuencia las poblaciones de provincia en busca de público y recursos, expulsados de la capital por la competencia y un público que tenía acceso a otras diversiones y solía aburrirse en el cine. Acostumbraban asociarse temporalmente con otros empresarios, con frecuencia se endeudaban, sufrían accidentes, demandas, sus negocios languidecían y quebraban... y pese a todo regresaban a la aventura cinematográfica.

Si bien Salvador Toscano compartió en gran medida ese destino común, logró destacar entre sus colegas porque para él, como lo demuestra Ángel Miquel, el cine era algo más que un negocio. El ingeniero Toscano fue uno de los

primeros en filmar vistas de argumento en nuestro país. Contribuyó al desarrollo del lenguaje cinematográfico en sus sucesivos intentos de hacer un reportaje fílmico. Al mismo tiempo fue un exhibidor imaginativo: logró crear una pequeña red de cines, con el apoyo de su familia y construyó en Guadalajara el "museo de diversiones" Olimpia, en donde aparte del cine había salas en las que se mostraban ilusiones ópticas, teatro de vaudeville y hasta había una cantina.

Contrariamente a otros biógrafos, quienes tienden a narrar la historia de una época a través de la actividad del personaje cuya vida pretenden recrear, Ángel Miquel explica a lo largo de su libro la influencia de los acontecimientos históricos en el proceder del ingeniero Toscano. El clima político y cultural del Porfiriato, los acontecimientos de

la Revolución y el interés de los sucesivos gobiernos revolucionarios por hacerse propaganda, crearon estímulos a los iniciadores del cine en México. Toscano aprovechó el despliegue propagandístico del general Díaz, respondió al interés del público por la llegada de Madero a México, filmó por su encargo y después se puso bajo las órdenes de Carranza para convertirse, en la última etapa, definitivamente en el documentalista gubernamental.

El libro, escrito en un estilo ágil que mantiene constantemente el interés del lector, es acompañado por apéndices donde se enlistan las películas filmadas por Toscano, así como por las que exhibió él o sus empresas. Se incluyen también imágenes del ingeniero y su familia hasta ahora desconocidas y algunos programas de cine.

*La naturaleza de la biografía de Robert Gittings**

John Gittings

A nombre de mi padre, el finado Robert Gittings, les envié mi saludo y mis mejores deseos para la IX Feria del Libro de Antropología e Historia, 1997, que se llevará a cabo en la ciudad de México. A él le hubiera encantado participar en tan importante celebración editorial, particularmente con motivo de la presentación de sus ensayos en torno a la naturaleza de la biografía.

* Este libro se presentó en el marco de la IX Feria del Libro de Antropología e Historia en el Museo Nacional de Antropología en la ciudad de México el 9 de octubre de 1997. Reproducidos aquí los textos presentados en esa ocasión por John Gittings, Antonio Saborit, Javier Garciadiego y Jorge F. Hernández.

Mi padre escribió este libro cuando había culminado sus grandes estudios sobre John Keats y Thomas Hardy que le han dado fama. Como él mismo describe, llegó a la biografía por el camino de la poesía, camino del que nunca se separó a lo largo de su vida. Su formación fue la del historiador; sin embargo, creo que la fuerza que tiene su trabajo en el campo de la biografía —y quizá la fuerza de todas las mejores biografías— radica en esta mezcla de acercamientos imaginativos y científicos.

Las dos perspectivas se describen y manifiestan por sí mismas en el libro; no obstante, me gustaría tan sólo sugerir la existencia de una tercera vertiente que, como su hijo menor, pude observar en la práctica y que él mismo me enseñó en mi provecho. En pocas palabras, se trata del uso de los propios ojos, atender al detalle y verificar que la información brindada por otros sea en realidad precisa.

A los doce años ayudé una vez a mi padre a franquear la entrada de Vicar's

Crypt, en Chichester; un edificio medieval cuyo acceso no estaba permitido entonces. Yo me sentía muy apenado y me preocupaba sobremanera la posibilidad de ser descubiertos por la policía, pero mi padre no se amedrentó. Quería ver el interior del edificio por la sola razón de que John Keats lo había hecho. Cuando mi padre por fin entró, descubrió que Keats había descrito la atmósfera medieval del edificio en su famosa oda "The Eve of St. Agnes". Éste es sólo un ejemplo del trabajo literario detectivesco que mi padre llevaba a cabo para reunir el material de su primera obra biográfica, un estudio sobre el último año de vida de Keats al que tituló "John Keats: The Living Year".

Así como me enseñó a usar los ojos, mi padre también me enseñó a verificar siempre las fuentes. No hay nada como regresar al original y ver cómo fue escrito y si otros investigadores lo han copiado debidamente, situación que con frecuencia no sucede. Mi padre tomó numero-

sas notas en esos pequeños cuadernillos de papel en blanco que los impresores usan como maquetas cuando producen los libros. De nueva cuenta, él me enseñó que no hay sustituto para recopilar y copiar materiales. El buen biógrafo no inventa: descubre y registra.

Les pido que conserven estas anotaciones como una simple nota al calce de

las observaciones mucho más profundas que mi padre hace en *La naturaleza de la biografía*. Sé que si él hubiera podido asistir a su Feria le habría gustado hablar tanto de la manufactura como de la filosofía de la escritura biográfica. Hubiera hecho, también, infinidad de preguntas sobre las habilidades que se requieren para organizar exitosamente una

feria tan grande y qué nuevos desarrollos en video y publicaciones electrónicas se encuentran en exhibición. También se sentiría orgulloso de compartir la mesa de presentación con sus colegas del famoso El Colegio de México.

A nombre de la familia de Robert Gittings les deseo todo el éxito en su Feria.

Antonio Saborit

En la primavera de 1977, un ciclo de conferencias sobre el arte y la ciencia de la biografía llevó a Robert Gittings a la Universidad de Washington, en Seattle. ¿Qué traía el biógrafo como catedrático en su equipaje de mano? Lo menos valioso entonces para el más estricto empleado aduanal es lo mismo que nos reúne hoy, veinte años después: un manuscrito sobre la historia antigua, la práctica actual y las vías de desarrollo del género de la biografía en Inglaterra —según se desprendían de la experiencia práctica de Gittings con las vidas y papeles personales del poeta John Keats y el novelista Thomas Hardy.

Gittings, por esas fechas, pensaba que al arduo género de la biografía se encontraba en uno de sus grandes momentos. Y también pensaba, sobre lo que volveré más adelante, que la biografía y la poesía, “con sus intensos intereses humanísticos”, hoy tienen mucho más en común de lo que se suele aceptar. El caso es que la confianza en el mediodía del género se percibe en este pequeño y útil libro, pues ese es precisamente el centro emotivo de las reflexiones de Gittings sobre el tema.

Si lo pensamos un minuto, más bien deberíamos estar inmensamente satisfechos con el buen desarrollo del género biográfico. No de todo se puede decir lo mismo. En lo que va de las conferen-

cias de Gittings en Washington a estos días cabría anotar algunos ejemplos que destacan alegremente en el paisaje. En esos días, por cierto, ingleses y alemanes impulsaron vigorosamente varias colecciones biográficas cuyo centro fue el género del ensayo —como el *Hemingway* de Anthony Burgess o el *Nietzsche* de Ivo Frenzel. Poco después apareció el segundo volumen de la autobiografía de Christopher Isherwood, *Christopher and His Kind*, secuela de *Kathleen and Frank*, que en efecto entusiasmó a Gittings; y de esos días son las interesantes y logradas tareas biográficas emprendidas por el hijo de otro autor cercano al gusto de Gittings, Harold Nicholson, me refiero ahora a Nigel Nicholson —quien primero se aventuró por los laberintos de la biografía colectiva al ensayar la de sus padres en *Retrato de un matrimonio*, tras de lo cual reconstruyó el tiempo y la vida de *Mary Curzon*, virreina de la India. Por cierto que con una espléndida biografía de Winston Churchill, el historiador estadounidense William Manchester le devolvió a Nicholson el favor de biografiar a uno de sus paisanos, pues *Mary Curzon* era nativa de Chicago. Y aquí mismo deberíamos mencionar el mérito de John Eliot como biógrafo del conde-duque de Olivares y el de Georges Duby frente a Guillermo el Mariscal.

No obstante el impulso decidido y claro de autores como Arnaldo Momigliano, la biografía como género encontró en los

años inmediatos a las reflexiones de Gittings muy sugerentes practicantes en el mundo de las artes y las humanidades, antes que entre los historiadores y especialistas de los diversos mundos de política y los círculos de poder —y los editores en todas partes fueron sensibles al interés del llamado público lector por este tipo de libros.

Gittings tenía razón al señalar que el género de la biografía en inglés retomaría el camino de sujetos oscuros, escandalosos o excéntricos al dirigirse hacia el final del siglo. Véase si no el incremento, en este lapso de tiempo, de la literatura secundaria sobre las atmósferas culturales en el tiempo de James Boswell, y lo que la lectura de historiadores como Gertrude Himmelfarb ha devuelto en densidad a la esfera de lo privado en el siglo XIX —incluido uno de sus más relevantes, oscuros y excéntricos biógrafos, Lytton Strachey. Ahí está también el retrato que ensayó Samuel Hynes sobre el poeta W. H. Auden y su generación durante la década de los treinta, así como lo que Leon Edel, tras dedicar varios volúmenes y décadas a la vida de Henry James, hizo con el grupo de escritores y artistas de Bloomsbury. Edel, por cierto, entregó a la imprenta sus principios biográficos, *Vidas ajenas*, junto a los cuales habrá que acomodar este breve libro de Gittings. Súmese a todo lo anterior un abundante listado de biografías sobre sujetos de los que nuestros padres y

maestros jamás oyeron una palabra, en un arco temporal que va de la falsa noche medieval del buen Martin Guerre a las glorias posmodernas de Charles Olson.

“Después de Strachey, ningún buen biógrafo se ha atrevido a ser menos que un artista”, dice Gittings. Ahí están, a manera de muestra, las obras del propio Gittings. Y sin embargo, la aseveración apenas ayuda a situarlo en el panorama de la historiografía inglesa. No pasará inadvertido que desde su prime-

ra conferencia Gittings vinculara biografía y poesía. Así pues, cabe señalar que los amarres técnicos, sentimentales e intelectuales de los principios biográficos de Gittings debieron encontrar un útil asidero en la palabra y las enseñanzas del historiador G. M. Trevelyan, uno de los que con mayor claridad acotó los desafíos planteados a la práctica de la historia por la llamada modernidad en un ensayo no sólo pionero sino ya todo un clásico. Escrito y publicado en 1913, “Clío, una musa” ofrece una de las sali-

das más creativas a la polémica un tanto zafia entre historia y literatura; en él, Trevelyan estableció una ecuación de interés particular para Gittings: el papel del arduo arte de la literatura y de la imaginación poética tanto en la concepción y en las prácticas expositivas de lo pretérito.

No por nada, Gittings nos recuerda aquí que toda biografía, hasta la más material en sus métodos, es de hecho un comentario sobre el espíritu humano mismo.

Javier Garcíadiego

Tres razones me llevaron a participar en la presentación del libro de Robert Gittings titulado *La naturaleza de la biografía*. La primera, y sin duda la razón definitiva, fue enteramente que era un libro traducido por Antonio Saborit. Contar con Saborit como traductor superaba la confianza en leer una obra correctamente traducida, pues Saborit no es un mero traductor profesional que realiza adecuadamente su función. Saborit traduce por gusto y por vocación.

En sus constantes afanes de traductor Saborit conjuga sus intereses vocacionales: la literatura, la crítica literaria y la historia. Si ha publicado traducciones de David Brading y John Womack, y si está enfrascado ahora en verter al castellano escritos de William Prescott y de Charles Gibson, por lo que a historiadores mexicanistas se refiere, también ha hecho lo propio por difundir la obra de historiadores como León Edel, Eric Hobsbawm, Gertrude Himmelfarb y, hoy, Robert Gittings. Estudioso permanente de la literatura en idioma inglés, ha traducido a autores modernos como Bernard Malamud y Edmund Wilson, así como a clásicos ingleses de los siglos

XVIII y XIX, entre ellos William Hazlitt, simpatizante de la Revolución francesa —especialmente de Napoleón—, y miembro de una familia intensamente religiosa —de la secta unitaria—, amigo de Wordsworth, Coleridge y los hermanos Lamb, y quien destacó en el género del ensayo por su estilo, vigor y amplia aunque irregular cultura.

Traducir por gusto le ha permitido hacerlo con autores de su predilección. Lector culto y refinado, amante de la auténtica conversación literaria, cada referencia que hace de un autor o de una obra se convierte, para mí, en recomendación ineludible e impostergable. En otras palabras, todo lo anterior puede resumirse en que, al enterarme de que la obra a cuya presentación se me invitaba había sido traducida por Saborit, confié en que sería un muy buen libro, además de espléndidamente traducido.

La segunda razón para mi aceptación fue que preví que el libro sería magnífico. Por su temática y contenido, inmediatamente concluí que no era un libro que Saborit hubiera aceptado traducir, sino que era uno que Saborit decidió traducir, forzando a alguna de las instituciones culturales que lo reconocen, protegen y apoyan, a que se publicara en el país. El autor resultó ser, además

de poeta, el biógrafo más reconocido de los escritores ingleses John Keats y Thomas Hardy. Era obvio y comprensible que la obra fascinara a Saborit; lo mismo pasó conmigo. Estoy seguro de que lo mismo sucederá a sus próximos lectores.

La tercera motivación para aceptar comentar el libro fue su tema, pues cada día aumenta mi interés por el género biográfico. Así, me corresponde ahora expresar mi opinión sobre los beneficios que traerá la aparición de este libro de Robert Gittings, titulado *La naturaleza de la biografía*, a todos los involucrados en México en los estudios sobre la vida de los llamados personajes históricos.

En sus apretadas pero nunca densas ochenta páginas, Gittings hace un breve balance historiográfico del género biográfico, privilegiando la historia de la biografía hecha en Inglaterra sobre personajes ingleses; después destaca los principios metodológicos fundamentales de la disciplina; por último, concluye señalando las mejores posibilidades de desarrollo que ésta tiene.

Gittings inicia su recorrido en la Gran Bretaña medieval, encontrando los orígenes del género en las crónicas sobre gobernantes, santos y religiosos, escritas por subalternos o compañeros con objetivos didácticos y morales. Fue has-

ta con el humanismo renacentista cuando el hombre adquirió dos características fundamentales: por su posición central, era el protagonista indiscutible de la historia mundial; dado que dejó de ser visto como una simple creación de Dios, sus actos devinieron falibles. La repercusión de esta nueva actitud en los escritos biográficos fue definitiva: dejaron de ser escritos laudatorios y ejemplares, preocupándose desde entonces por seres humanos de “carne y hueso”, concupiscentes pero vitales.

Los siguientes dos siglos se caracterizarían por una continua secularización de biógrafo y biografiados, por un constante progreso en los aspectos metodológicos y documentales, y porque comenzó a ponerse atención —la recomendación fue hecha, entre otros, por Bacon— en personajes menores y oscuros. Según Gittings, la consolidación del género se alcanzó en Inglaterra a finales del siglo XVIII con James Boswell, todo un biógrafo y no un mero amanuense de las casi siempre atinadas y oportunas opiniones del doctor Johnson. Uno de los aspectos más interesantes del libro de Gittings es su severa opinión sobre las indebidamente prestigiadas biografías hechas durante la época victoriana, periodo de auténtico retroceso respecto a Boswell. Gittings culpa de ello a la rígida y puritana disciplina evangelista, pues con ella casi se extinguieron los pecados, y con ellos, las vidas interesantes para ser investigadas y rescatadas. Reaparecieron entonces las biografías didácticas y pías, necesariamente encubridoras y aburridas; para colmo, exageradamente extensas. De estas pretensiones moralistas exime a Carlyle, a la señora Gaskell y a Froude. El más importante de los tres, Carlyle, es tratado por Gittings con sorprendente rudeza: lo considera un seudopoeta logorreico.

Sus juicios sobre el otro gran biógrafo británico, Lytton Strachey, no fueron

menos severos: lo llama plagiario —de Edmund Gosse— y lo considera falto de generosidad e injusto con los biógrafos victorianos, pues si bien era un autor ingenioso y de magnífico estilo, incurrió, como ellos, en tramposas supresiones para hacer coincidir las vidas de sus biografiados con sus posiciones morales y sus intereses políticos. Además, reflejó el cinismo imperante después de la Primera Guerra Mundial, introdujo un superficial uso de la aproximación psicológica y jamás cuidó la exactitud ni el respaldo documental de sus escritos. Pese a esto, Gittings reconoce que gracias a Strachey la calidad literaria y la búsqueda de la auténtica naturaleza humana pasaron a ser condiciones imprescindibles de cualquier biografía con aspiraciones. Desgraciadamente, el alegato de Strachey en favor de la brevedad parece haber sido vencido por el deseo actual de hacer eso que se llama la biografía “definitiva”. Respecto al tamaño ideal de las biografías, Gittings dice que todo biógrafo debe tener sentido de la proporción: ya no resultan agradables las extensas biografías “victorianas”, como tampoco lo son las puntillosas biografías “definitivas”; para mí son igualmente insatisfactorias las excesivamente breves, como aquellas que dedicó John Aubrey a un tal Abraham Wheelock, maravillosamente lacónica: “hombre sencillo”.

El libro de Gittings es un libro placentero porque es un libro propositivo y optimista. Para él la evolución del género biográfico después de Strachey puede considerarse como “una edad dorada”: se han publicado “admirables” libros biográficos; cada vez es menor el número de biografías oficiales; en cambio, aumenta día a día el número de estudios sobre gente común, oscura o poco conocida, tendencia iniciada por el admirable Hugh Trevor-Roper, biógrafo de un bribón y mentiroso contumaz: Ed-

mund Backhouse, inglés radicado en el imperio chino a finales del XIX, quien dejó unas fantásticas “memorias” en las que presumía haber tenido relaciones sexuales “con la más extraordinaria selección de gente famosa por todo el mundo, desde la emperatriz viuda de China hasta cierto primer ministro británico distinguido”. Sobre todo, la salud de este tipo de escritos se prueba con el aumento constante del universo de sus fieles lectores. El mejor elogio de Gittings consiste en decir que la biografía pasó, en poco tiempo —pues es una disciplina comparativamente joven—, de los escritos “celebratorios y laudatorios”, a describir artísticamente la vida humana en forma “sensata y cercana”, con intensidad dramática.

Ajeno a todo didacticismo y libre de toda jerga preceptista, Gittings se permite hacer algunas recomendaciones prácticas, pero siempre en el aceptable tono de maestro en el oficio. Lo primero que nos advierte es que toda biografía requiere ser hecha con un entusiasmo doble, por el personaje en sí mismo y por el atrevimiento de revivir su vida. Según Gittings, además, todo biógrafo debe estar satisfecho con su propia vida, pero sin incurrir en la complacencia. Recuérdese que Plutarco era un hombre feliz “consigo mismo” y con su “alrededor”. Otras condiciones imprescindibles en todo biógrafo son la curiosidad y la capacidad para comprender la naturaleza humana.

Los sanos consejos de Gittings no son siempre fáciles de seguir. Nos sugiere identificarnos con el personaje —alegrarse y sufrir con él—; sin embargo, nos advierte que dicha identificación debe ser la adecuada: ni excesiva ni reducida. Sin proporcionar argumentos que ayuden a definir cuál es la cantidad de identificación correcta, nos describe las diligencias de uno de sus biógrafos contemporáneos favoritos, George Macaulay Trevelyan,

quien viajó por los mismos lugares, y en la misma época del año, que su personaje, Garibaldi. Mi duda seguramente es predecible: ¿quién podría hacer, con esas exigencias, la biografía del coronel Armstrong?

Acaso la verdadera identificación con el personaje deba intentarse en el ámbito de su época, su contexto y, sobre todo, de su vida interior. Contrario a Strachey, Gittings dice que esto sólo puede hacerse con benevolencia, sin suponer, *a priori*, que todos los personajes son hipócritas e insinceros.

Si esos son los elementos que exige cualquier biografía, ¿cuáles serían las principales características de las biografías escritas en los últimos años? Según Gittings las biografías de hoy y mañana deben ser totales, esto es, deben registrar todos los acontecimientos relevantes en la vida del biografiado; también deben ser integrales, sin prescindir de ninguna de las múltiples facetas que debe tener cualquier personaje biografiado. Asimismo, debe ponerse atención al contexto económico, social y político —recuérdese a Harold Nicolson en su libro sobre Jorge V— del biografiado, a sus condiciones de salud y a las costumbres de su vida sexual.

Para Gittings, las biografías requieren tanta vitalidad como documentación. Asimismo, todo biógrafo debe poder identificar el “momento focal”, único entre los numerosísimos momentos que conforman una vida humana, para lo que debe disponer de buen ojo y buen oído. Como Keats lo ordenara, el objetivo último debe ser revelar “el misterio” de cada vida. El mejor ingrediente para lograrlo es el autoanálisis: si bien Gittings reniega de las biografías psicoanalíticas excesivamente rígidas, reconoce que gracias a Freud somos, si no mejores biógrafos, por lo menos más honestos.

Quisiera concluir mi comentario al riquísimo libro de Gittings puntualizando mis últimas divergencias, dado que éstas radican en el asunto central de su trabajo: la propia definición de biografía. Coincido en que todo escrito de este género debe encontrar y explicar el orden exterior —contexto— junto con los acontecimientos internos de la vida del personaje; coincido también en que toda biografía termina siendo un diálogo entre el autor y el actor. Sin embargo, mis reticencias comienzan cuando Gittings habla más como poeta que como biógrafo. Si bien es un objetivo universal traducir la verdad histórica y biográfica en términos artísticos, me deja dubitativo su afirmación de que biografía y poesía tienen, además de “intensos intereses humanísticos” y temas “espirituales” afines, “mucho más en común de lo que en general se acepta”. ¿Es acaso universal su definición de que la biografía consiste en “la reunión de la observación científica con el arte imaginativo”? Resulta todavía más enigmática otra definición, consistente en asegurar que la biografía es “poesía con una conciencia”.

Confieso abiertamente no compartir esta opinión, en buena medida porque no me atrevo a definir poesía. Acaso Saborit se atreva a hacerlo, pues es un espléndido escritor. Con todo, acepto que se trata de una limitación mía y no de una deficiencia conceptual de Gittings. Aun habiendo sido deficiencia suya, tendría derecho a ella: es poeta y es un magnífico biógrafo. Su pequeña disquisición sobre el tema es una mina de reflexiones y consejos útiles. Si gracias a Freud somos unos biógrafos más honestos, gracias a Gittings, y a Saborit, podremos hacer mejores biografías.

Jorge F. Hernández

Agradezco a la Dirección de Divulgación del INAH esta oportunidad para presentar y presumir un libro que, sin exagerar, me brinda una íntima alegría: estar con Javier Garcíadiego y Antonio Saborit representa uno de los carteles más redondos de esta temporada. Aquí sólo faltan seis toros de Victorino Martín y este libro lo estaríamos presentando en la Real Maestranza de Sevilla.

En primer lugar, celebro la publicación de este breve pero sustancioso libro por la detallada si no es que cariñosa traducción de Antonio Saborit. Se me ocurre que es un bueno y merecido homenaje a Robert Gittings, a tres años de su fallecimiento. Celebro la publicación porque se trata de la transcripción de unas conferencias que dictara Gittings en la Universidad de Washington en Seattle. Es decir, en primer lugar, éste es uno de esos afortunados libros que extienden los tiempos —fugaces y que parecían efímeros— en que transcurrieron aquellas conferencias y se extienden los espacios: más allá de Seattle, un nuevo puñado de lectores se convierten, a través de estas páginas, en oyentes directos de la voz y sapiencia de Gittings.

En segundo lugar, celebro la publicación de este libro porque revela las entrañas, la mecánica mental y el *biographical know-how* de Gittings, un autor que muchos no habíamos visto ni en fotografía, del cual sabíamos que era autor de una gran biografía de Keats (que circuló parcialmente en fotocopias entre algunos orates de mi generación), pero que, en realidad, permanecía hasta ahora como un desconocido magister.

En tercer lugar, *La naturaleza de la biografía* es un libro que se desdobra, es de esos libros que incitan a apuntar en

sus márgenes ideas afines al criterio del autor, o bien, disgresiones y críticas. Por otro lado, dado que se trata de un libro que versa y conversa sobre los intrínquilos y laberintos del arte de la biografía en el mundo anglosajón, es inevitable poner en los márgenes de sus páginas y en los silencios de nuestra lectura la digestión hispanoamericana del arte de biografíar. Es decir, no sólo es válido y valioso conocer, reconocer y aprender sobre las virtudes y debilidades de Boswell en su biografía del doctor Johnson o conocer los pormenores y posibles defectos que rodean la interlínea y los secretos del *Eminent Victorians* de Lytton Strachey, sino que además, repito, es igual de válido y valioso digerir todo eso y aterrizarlo en el ámbito de la historiografía biográfica hispanoamericana. Es decir, uno se entera aquí de los problemas psicoanalíticos que enfrentó Strachey al redactar alguna hazaña del general Gordon y no se puede evitar pensar qué resortes conducen la prosa y las opiniones de Enrique Krauze cuando se ocupa de Porfirio Díaz, como *Místico de la autoridad*. De aquí una primera conclusión: este libro guía y alumbrá sobre la naturaleza de la biografía anglosajona, y además, sirve de visor y ejemplo para analizar las particularidades de la historiografía biográfica hispanoamericana. Allí donde Gittings describe los velos del evangelismo puritano (que “limpiaba” o “hacía decentes” las vidas de los hombres y mujeres de la Inglaterra victoriana) habría que agregar nuestra necia propensión latina a broncear las vidas de los próceres, convertirlos en estatuas y sustituir sus nombres con apodos beneméritos. Allí donde Gittings habla de la expiación culposa de Thomas Hardy ante la lánguida agonia de su esposa, habría que contrastar la biografía de Amado Nervo en Madrid llorando la tragedia de su *Amada inmóvil*. Allí donde Gittings menciona la biografía

de Ricard Hunter sobre la *madness of King George*, habría que considerar las aventuradas hipótesis de Enrique Krauze sobre el supuesto suicidio de Venustiano Carranza durante “La noche de Tlaxcalantongo”.

Otra conclusión: *La naturaleza de la biografía* de Robert Gittings es un pica-porte directo a la cocina del historiador, a la íntima trastienda en donde los historiadores cocinan los libros, guardan las recetas secretas y aplican su personalísimo sazón al pretérito. Hay que celebrar que en este libro Robert Gittings revele sus recetas y comparta su sazón. No sólo deja entrever sus particulares señas sobre los diferentes caminos y senderos para hacer biografías, sino que además recorre con aguda mirada las principales formas de biografíar que distinguen a ese género en el mundo anglosajón. Si acaso tengo alguna mínima queja de este libro es que me hubiera gustado leer aquí la opinión de Gittings sobre el estilo de biografíar de Edmund Wilson, ya que sí aparecen sus ponderaciones sobre otros grandes biógrafos anglosajones, desde Boswell a Trevor-Roper, pasando por Strachey. Por todas estas razones habría que procurar que los mil ejemplares que componen esta edición se multiplicasen de alguna afortunada manera, pues considero que este librito le vendría muy bien a los estudiantes de la licenciatura en historia, y más aún, a todos los estudiosos de las ciencias sociales, pues es útil complemento no sólo para cimentar el oficio de historiar, sino además un bártulo y equipaje muy valioso para la práctica del oficio de la memoria.

Por último, este libro corrobora el creciente poder de la biografía (más allá de la *Biografía del poder*) y las muchas virtudes psicoanalíticas e historiográficas, literarias e incluso sociales de la biografía. Aquí se subraya que la biografía —como la historia y la literatura— tiene la difícil obligación de

equilibrar la científicidad de la investigación con el arte de la redacción. Aquí se nos recuerda que el biógrafo (así como el buen historiador y el novelista sabroso) tiene ante sí el reto de combinar veracidad y destreza con filín y cante; conjugar erudición con la rica prosa... que es como combinar entrenamientos en la madrugada de los Viveros de Coyoacán con la magia indescriptible de una media verónica ante el acoso de una locomotora de seiscientos kilos.

Pero aparte de malabarear esta dicotomía el biógrafo (como el novelista y el historiador) tiene también ante sí el reto de hacer su investigación considerando equilibrar la casi irresistible tentación de suscribir la célebre consigna de Pascal (“Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, toda la faz del mundo habría cambiado”) o negarla, suscribiendo alguna barbona consigna en el sentido de que el hombre no importa tanto como los procesos que lo rodean; es decir, hay que equilibrar las biografías entre lo que es el hombre y lo que representa su circunstancia. Este libro nos recuerda que el arte de la biografía versa sobre hechos y dichos, pero también sobre alegorías y metáforas y que, en el fondo, las biografías que nos gustan y atraen son aquellas que irradian, explican o atañen la vida misma, la vida de todos. Visto así, el biógrafo se propone abrir una ventana y termina regalándonos, nada menos y nada más, un espejo.

Simposio “Desarrollo y perspectiva de la arqueología europea”

Con la presencia de destacados especialistas en el campo de la arqueología, se llevó a cabo este simposio, bajo los auspicios del Conaculta por conducto del INAH, el 5 y 6 de diciembre de 1997 (en Jalapa, Veracruz) y el 9 y 10 de diciembre (en Mérida, Yucatán).